

Cómo descansan los filósofos

VELADA MUSICAL EN CASA DE VAZ FERREIRA

por CARLOS DEMICHERI

¿CÓMO descansan los filósofos? Tal vez de distintas maneras. Algunos pensando; otros, intentando no hacerlo. Hay quienes viajan para olvidar; y también quienes se encierran en un pequeño salón de música, para despojarse de todo lo que les tortura.

Yo conocí a uno de éstos. Parecía un hombre extraño por lo solitario, porque casi no se exhibía; porque sin haber aprendido música, tenía una pianola y una colección de rollos para ese instrumento, que le permitían interpretaciones musicales

de acuerdo a su gusto, mediante el manejo de dos pedales.

Me dijo un día, que éste era, también, un arte. Tal vez; jamás se me había ocurrido; ni nunca escuché tal cosa: más bien pensé en un gusto artístico y no en un arte. Pero él era feliz y nadie intentó contrariarlo. Además jamás procuró dictar cátedra, ni caer en el ridículo con su pequeña y gran vocación. Ahora, eso sí, era un deleitante musical en grado sumo: entraba dentro de su filosofía.

Además de la pianola, te-

nía un magnífico toca-discos y una completísima colección de grabaciones de música clásica de todas las épocas; desde los cantos gregorianos, hasta las últimas sinfonías; con excepciones para las ultra modernas. Las casas que las suministraban,

siempre le hacían llegar de inmediato las novedades recibidas. Muchas veces sus amigos le preguntaban si había recibido tal o cual grabación, recientemente publicada. El, con una sonrisa, contestaba invariablemente, a lo que consideraba una broma: "La música la conozco; pero los discos aún no llegaron a la aduana".

Tal la seguridad en que las casas introductoras no podían haberlo traicionado.

Los viernes daba sus conferencias en la Universidad; esto durante muchos años. Luego volvía a su casa, y a las nueve y media de la noche un grupo de admiradores y discípulos, iban a compartir con el Maestro sus sesiones musicales.

Era el descanso; el único que se lo otorgaban generosamente aquéllos, antes de irse a dormir.

La casa, en una zona apartada de la ciudad, había sido construida de acuerdo a los gustos y necesidades de quien iba a hacer de su vida un ejemplar retiro, en la búsqueda de los problemas del hombre y de sus posibles soluciones, como unidad y parte de todo.

Rodeado siempre de



El Prof. Vaz Ferreira en un quehacer habitual: ocupando la cátedra.

COMO DESCANSAN LOS FILOSOFOS



Don Carlos Vaz Ferreira durante una visita a MUNDO URUGUAYO en compañía del Dr. Daniel García Acevedo.

gos, que llegaban junto a él en puntas de pie y que se retiraban de la misma manera, gozaba de la tranquilidad de los que sabían interpretar en el silencio, obviándolo en preguntas y conversaciones innecesarias.

Aquella estaba construida hacia adentro; dejando a su frente un caprichoso enjardinado, donde pinos y magnolias, cubiertas algunos de ellos en sus troncos con madreselvas, se desperezaban libremente, sin que la mano del hombre coartase sus desarrollos naturales. Un portón de hierro daba acceso a éste, donde a nadie se le prohibía la entrada.

Todo el que llegaba ahí, y sin llamar, empujaba suavemente una de las hojas de aquél; cerrándola después sin el menor ruido. Una vez adentro proseguía sus pasos, separando a menudo algunas ramas que le obstruían el camino; y por fin, ya frente a la puerta de la casa, realizaba casi idéntica operación. Franqueado el umbral, un gran hall con varios sillones de cuero y algunos óleos en los muros, daban la bienvenida al silencioso visitante.

A la izquierda, otra puerta, esta vez abierta, desde donde se divisaba un gran ambiente de biblioteca, alfombrado; desierto, para el que llegaba con antelación; con los "habitués", para los que llegaban pasada la hora. A los sombreros y sobre todo, no les era permitida la entrada. Debían quedar en una gran percha, para no alterar el orden que impone el buen gusto.

Como lo hemos expresado anteriormente, estas reuniones, que no eran organizadas por el dueño de casa, sino un hábito adoptado por sus admiradores y discípulos una hora después de terminadas las conferencias del Maestro tenían el propósito de aliviarlo en su fatiga participando de sus audiciones, con una selección de discos que lograban armonizarlo.

Durante éstas, ninguno hacía comentario del trabajo anterior realizado desde su cátedra. Jamás se le insinuó una pregunta, una aclaración de los conceptos vertidos.

Se admitía que el estudio expuesto había sido completo; y que las dudas, eran sólo consecuencias de una preparación insuficiente del estudiante. Por lo tanto no era a él a quien debían recurrir. Tal disciplina creaba a veces cuchicheos, en procura de interpretaciones satisfactorias. Esto, mientras el Maestro escogía de su discoteca la música que creía más adecuada al ambiente (siempre tenía en cuenta la presencia de algún músico) y su estado anímico para escuchar.

Pero antes de dar comienzo, hacía un anuncio-consulta:

—¿Bach... Beethoven... Haydn... Wagner...? Sí; hoy tal vez Bach o Haydn. Otro día, quizá Beethoven o Wagner.

La respuesta, muda. Todos sabíamos que estaba pensando en alta voz. Por otra parte considerábamos que el programa que nos ofrecería, iba a satisfacer muchas de las preguntas que

le hubiésemos formulado en una revisión de sus conferencias.

Y un oratorio de Bach ponía un nudo a nuestros labios, mientras que los corazones empezaban a gozar de una placidez de infinita dulzura.

La asistencia a estas reuniones, no era numerosa, como máximo diez o doce. Siempre quedaba algún sillón vacío. Ninguno era invitado. Los que iban, lo hacían de años atrás. Desconozco el principio. Llegaban a las nueve y treinta de la noche; o próximo a las diez.

Casi siempre encontraban al maestro cruzando lentamente el salón, volviendo sobre sus pasos... Sus manos tomadas atrás; la mirada adelante, al parecer indiferente; el pensamiento, en el enigma de sus proyecciones. A menudo no percibía las primeras asistencias; y cuando lo lograba, una imperceptible sonrisa iluminaba su rostro.

Era corriente verlo también, de pie, frente a un tablero de ajedrez, donde las piezas, en un planteamiento de soluciones difíciles, hacía

un llamado a las inteligencias estratégicas, para el logro definitivo del tan ansiado "jaque mate".

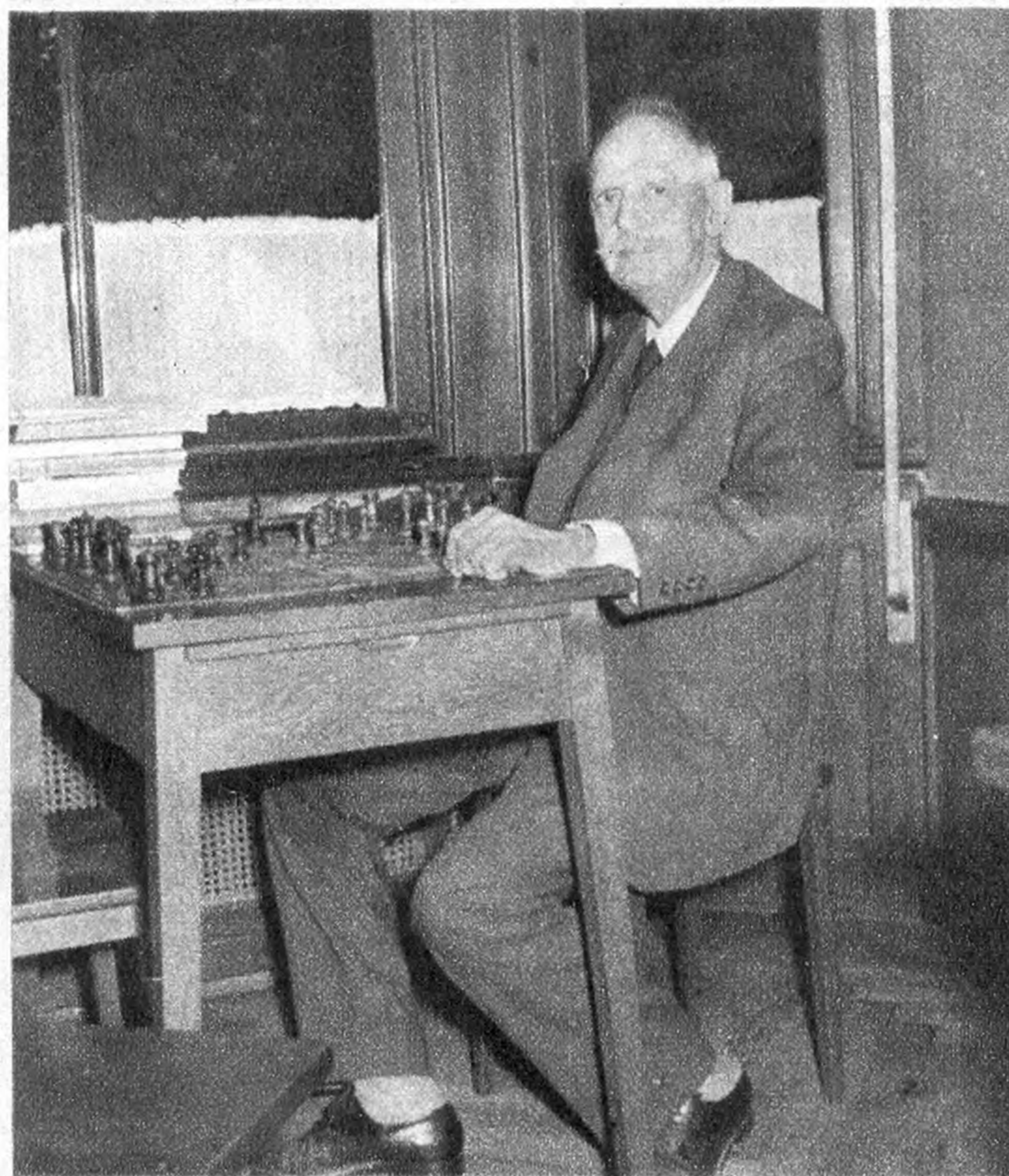
Ajetreos intelectuales, que siempre son un remanso, para los que no están habituados a otros, comunes a la mayoría.

La audición musical, era aproximadamente de una hora. Entre una y otra obra, sin comentario alguno, circulaba el silencio en la penumbra; ya que a la sala se le daba el mínimo de visibilidad, para facilitar el entendimiento de las almas. El Maestro, sin la ostentación de un aparte, se tendía en un diván, en un pequeño compartimiento contiguo, donde estaba instalada la discoteca.

El programa se desarrollaba con el mayor orden, de acuerdo a los autores anunciados antes.

Ya próximo a las doce, cerraba muy silenciosamente el aparato ortofónico; se hacía presente, de pie, ante sus consecuentes amigos y de sus labios se insinuaba un monosílabo.

La audición había terminado. Y así, como con el



El ilustre filósofo sorprendido en uno de sus entretenimientos favoritos: el ajedrez.

mayor silencio el pequeño auditorio se ubicó en sus asientos, de la misma manera lo abandonaban.

La mano tendida del Maestro, demostraba su satisfacción y beneplácito.

Un día al tenderle la mia, me dijo: —¿Cuándo tendremos una audición de violín?

Con la cabeza le expresé mi asentimiento, sin concretarle cuándo. Pensé en una gentileza suya, al conocer mis actividades artísticas; pero nunca, que lo deseaba con interés.

Una vez afuera, los asistentes me hicieron comprender que el solo hecho de habérmelo "insinuado", se sentiría muy apenado si no accediese de inmediato. Convencido al fin de mi situación, me comprometí conmigo mismo ir con el violín al viernes siguiente; y con mi hermana como acompañante.

Con toda puntualidad me hice presente ese día. Encontramos al Maestro solo, en su acostumbrado ir y venir por el salón. Nos recibió con cordialidad y una sonrisa; pero sin una palabra. Miró la caja del violín que llevaba en mi mano izquierda y de nuevo otra sonrisa. Esta última, me dio ánimos y comprendí lo que me habían dicho el viernes anterior.

Nos sentamos mi hermana y yo, sin que nos ofreciese asiento; después de haber puesto mi violín sobre la pianola y constatar la afinación de la misma. El Maestro continuaba yendo y viniendo. A poco, fueron entrando los asistentes de siempre; y después de saludarnos con un apretón de manos, cada uno se sentó en el sofá que acostumbraba a hacerlo.

Mi hermana se aproximó a la pianola. Yo quité el violín del estuche y lo puse a tono. El Maestro desapareció del salón y se tendió en el diván del apartamento contiguo. El silencio se hizo completo. Entonces, resueltamente comencé con el concierto de Bach en "Mi mayor".

Cuando finalicé, solo una voz muy tenue, que venía de la penumbra vecina:

—¿Y ahora...?

—Sonata en "Re" de Haendel... Luego Romanza en "Fa" de Beethoven.

Y así, páginas de autores clásicos.

Por fin, di por terminada la audición. Eran las 23 y 45. Guardé el violín; y mi hermana me miró en la interrogante. Nadie aprobó ni reprobó nuestros preparativos de clausura.

Los asistentes se pusieron de pie. El Maestro salió de su aislamiento, y quedó de pie en el umbral de la puerta. El rostro se contrajo en una sonrisa; mientras que sus labios se entreabrieron en la palabra muda.

En ese momento, el reloj dio las doce campanadas. Medianoche. El Maestro lo miró de reojo; luego a nosotros que nos disponíamos a salir.

Tuvo una mirada significativa. Los más allegados lo comprendieron en seguida. Yo terminé por comprenderlo también. Medianoche significa para muchos, el misterioso tránsito de las almas, viviendo el más tortuoso de los confusionismos.

Nadie se lo explica, ni nadie pretende explicar lo que le ocurre a la mayoría cuando le sorprende el filo de la medianoche, sobre todo en compañía de alguien.

Es inevitable el cruce de la mirada; el gesto del suspenso ante una hora que se singulariza; el pensamiento que se precipita para apurar etapas...

Nadie sabe porqué, pero todo invita al fenomenismo.

El Maestro permaneció de pie; los visitantes, en el desorden de una despedida interrumpida. Yo, en la indecisión.

—Juan Sebastián Bach —dijeron algunos.

—Sería a s o m b r o s o —agregó el dueño de casa.

—La Chacona... —balbucí.

La puerta entreabierta se cerró muy suavemente; los asientos volvieron a ocuparse. Y yo abrí de nuevo la caja del violín, mientras que mi hermana se sentaba algo alejada del piano. Cuando iba a iniciar los primeros acordes, vi con estupor que una a una se fueron apagando las luces. Todos quedamos a oscuras. Creo que nunca me pareció tan hermosa la "Chacona", ni tan profundamente mística.

El Dr. Vaz Ferreira, pareció estar igualmente emocionado....